



# ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA AL HILO DE LA OBRA DE  
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS A LOS PRINCIPIANTES*

Lección 2: **NORMAS PARA LA EXPOSICIÓN DE LA FE.**

## I. RECAPITULACIÓN DE LA PRIMERA CLASE

San Agustín tiene 46 años, cuando escribe *La Catequesis a los Principiantes*. Es su cuarto año como obispo y corre el año 400.

### 1. ¿Quiénes son los «principiantes» de los que habla san Agustín?

Los adultos que se acercaban a la Iglesia con deseo de bautizarse y hacerse cristianos, empezaban un periodo largo de formación que se llamaba el catecumenado. Duraba varios años y se dividía en diversas etapas. Los que iban recorriendo las diversas etapas se llamaban “catecúmenos”.

Pero antes de que un adulto fuese admitido en el catecumenado, recibía unas catequesis destinadas a mostrar cuál era realmente el núcleo de la fe, su verdadero corazón.

Se pretendía con este primer periodo de catequesis que los principiantes pudiesen alcanzar una primera adhesión a la persona de Jesucristo, para poder así comenzar su seguimiento ya en el interior del catecumenado.

De estas personas que aún no han entrado en el catecumenado es de las que habla san Agustín, fundamentalmente. En el catecumenado actual, estas personas son las que están en el periodo del «precatecumenado» y son llamados «simpatizantes».

## 2. ¿Por qué escribe esta obra y a quién la dirige?

La obra va dirigida a Deogracias, un diácono de Cartago, que había solicitado a Agustín la exposición de algunos «preceptos y normas para que su discurso a los catecúmenos fuera eficaz y fecundo»<sup>1</sup>. Enseguida concretaremos algo más lo que había pedido Deogracias a san Agustín.

## 3. Contribución a la catequesis

La *Catechesis a los Principiantes* es una guía única en la labor del catequista, «con importantes innovaciones<sup>2</sup> en la historia de la catequesis.

3.1. La primera innovación: Hasta entonces la narración de la catequesis se limitaba a la historia bíblica, mientras que Agustín incluye la historia de la Iglesia hasta su época<sup>3</sup>.

3.2. Segunda novedad: san Agustín es el primero que usa el Decálogo como la pieza fundamental de la formación moral. El primero que, tomando el tema bíblico de las tablas (cf. Ex 31,18), asigna los tres primeros mandamientos a la primera tabla, y los siete restantes a la segunda, mostrando que los tres primeros se refieren al amor a Dios y los restantes al amor al prójimo.

Y lo más importante sobre su enseñanza moral: San Agustín une el progreso moral a la relación amorosa con Dios. El Decálogo

---

<sup>1</sup> JOSÉ OROZ RETA, *San Agustín. De Catechizandis Rudibus* (BAC 499; Madrid 1988) 429

<sup>2</sup> *Ibid.*, 431

<sup>3</sup> Cf. *Ibid.*, 432

se inserta en el diálogo amoroso, que testimonia la Escritura, entre Dios e Israel.

3.3. Pero la novedad más importante de la obra, lo más original, es que san Agustín pone el foco de atención en las personas concretas que reciben e imparten la catequesis.

3.4. Por último: entiende la catequesis como un ejercicio de caridad. Presenta la transmisión de la fe, propia de la catequesis, como el ejercicio de la más alta caridad con el prójimo.

Y la caridad es la clave para afrontar las diversas situaciones y dificultades concretas que se presentan en la catequesis.

¿Cómo llega a ser fecunda la catequesis? Esta es una cuestión que nosotros nos planteamos a menudo. Y san Agustín insiste: la fecundidad de la catequesis está en la caridad que da con alegría.

Ahora, esta alegría no es una alegría forzada o simulada, es la alegría que da el Espíritu Santo.

El amor tiende a superar la mera enseñanza y transforma la instrucción cristiana en «comunidad viva en la que, por voluntad consciente del que enseña y del que aprende, se realiza el más elevado proceso de ascensión humana»<sup>4</sup>.

## 2. Las dificultades de Deogracias y la experiencia de san Agustín

Las dificultades que le había expresado Deogracias eran las siguientes:

- No saber cómo exponer de forma adecuada las verdades de la fe, cómo hacer su discurso eficaz y fecundo.
- No saber dónde ha de empezar y terminar la narración.
- Si luego debe o no añadir alguna exhortación o los preceptos de la vida cristiana.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, 436

- Sentimiento de insatisfacción y aburrimiento. “en ti y en tus oyentes”.

San Agustín comienza dando respuesta a la última dificultad de Deogracias. Hace varias consideraciones a partir de su propia experiencia personal. Pero la consideración más importante viene al final de su introducción. Es la siguiente:

Lo difícil —viene a decir— no es establecer qué cosas, objeto de nuestra fe, debemos exponer, ni por dónde debemos empezar y por dónde terminar. Ni cuándo debemos extendernos y cuándo debemos abreviar. Nada de eso es lo difícil en la catequesis. Lo difícil es no caer en el tedio, o mejor, lo difícil es ofrecer nuestro ministerio con alegría. Justamente esto es lo primero que debemos buscar:

*Lo que siempre hemos de cuidar sobre todo es ver qué medios se han de emplear para que el catequista lo haga siempre con alegría, pues cuanto más alegre esté más agradable resultará [...] Pero el que esta alegría aparezca en el momento oportuno corresponde a la misericordia de aquel que nos ordena la generosidad<sup>5</sup>.*

---

<sup>5</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 453

## II. NORMAS PARA LA EXPOSICIÓN DE LA FE

Vamos a comentar ahora las primeras normas que establece san Agustín para la exposición de la fe, que abarca los números 5 y 6 de *La Catequesis de los Principiantes*<sup>6</sup>.

### 1. Los fundamentos de la exposición y la transmisión de la fe

Siguiendo al editor del texto de san Agustín, podemos introducir el número 5 de la obra diciendo que los fundamentos de la exposición de la fe son los hechos más importantes de la historia sagrada.

Es una afirmación fundamental para entender cómo se transmite la fe, qué es la catequesis, cuál es el método de la catequesis. Tratamos justamente este tema en la charla formativa del *Cursillo Básico de Catequistas* con el que abrimos el curso. Tenéis esa charla colgada en la web<sup>7</sup>.

Sería estupendo grabarnos esta afirmación a fuego en nuestra memoria: En la exposición y en la transmisión de la fe, los fundamentos son los hechos más importantes de la historia sagrada.

Aunque en la segunda hora de hoy volveré brevemente sobre este punto, no me importa repetir e insistir en algunas cosas que son fundamentales.

La fe es una realidad muy rica y compleja, con aspectos diversos. Quiero ahora poner de relieve dos de ellos.

1. El primero es que la fe tiene unos contenidos concretos.

No es un mero sentimiento de confianza en un Dios oculto, que desconocemos. No es una especie de mera tendencia del alma hacia

---

<sup>6</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 453 – 456

<sup>7</sup> [http://www.obispadoalcala.org/pdfs/Jesus-y-los-ninos\\_El-metodo-de-la-catequesis.pdf](http://www.obispadoalcala.org/pdfs/Jesus-y-los-ninos_El-metodo-de-la-catequesis.pdf)

«la divinidad». No, eso no es la fe o no solo ni principalmente. Dios no es algo difuso para la fe, algo oculto y oscuro al que tendemos. La fe no es un conocimiento de segunda categoría sobre la divinidad. Cuando hablamos de fe no debemos confundirla con lo que en el mundo se entiende cuando se habla de «opinión» o de «creencia», como de un conocimiento de segunda clase, sobre cosas en las que, como no se tienen verdaderas certezas, se tienen opiniones o creencias.

La fe no es eso. La fe es un conocimiento cierto. Decía san Ireneo de Lyon, un Padre de la Iglesia del s. II, en una obra que también trata de la catequesis: «nosotros creemos lo que realmente es y como realmente es»<sup>8</sup>.

Lo propio de la fe es la luz, la claridad sobre aquel a quien ella dirige el ojo del corazón humano. Lo propio de la fe es la claridad sobre Dios. Ella, la fe, no dice saberlo todo sobre Dios, pero lo que sabe lo sabe con certeza, con claridad. Lo propio de la fe —insisto— es la luz, el ver, no el andar a tientas. Eso sí, es ver más allá de lo que ven los ojos o de lo que el conocimiento científico puede alcanzar.

La fe, como dice la carta a los hebreos «**es substancia y prueba de las cosas que no se ven**» (Hb 11,1) —que no se ven con los ojos de la cara—, pero es substancia, es decir, algo real, no mera idea. Atención aquí porque muchas biblias traducen deficientemente dejándose llevar por la interpretación que hizo Lutero de este versículo<sup>9</sup>.

La fe es una percepción viva de las cosas invisibles, de las realidades divinas.

Dice Newman sobre este punto: La fe es «en el lenguaje de la

---

<sup>8</sup> SAN IRENEO DE LYON, *Demostración de la Predicación Apostólica*, Prólogo, 3 (Fuentes Patristicas 2. Ciudad Nueva, Madrid 1992) 56

<sup>9</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi* (2007) 7-10

[http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20071130\\_spe-salvi\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi_sp.html)

Escritura, conocer a Dios»<sup>10</sup>. Y distingue entre la búsqueda religiosa de los hombres en general y la fe, «la fe del Evangelio». Solo la fe del Evangelio es «sustancia y prueba de las cosas que no se ven». La búsqueda de Dios de los paganos «era ciega, **era más o menos un ir hacia delante en la oscuridad, a tientas con pies y manos [...]**»<sup>11</sup>. La fe cristiana participa de este ir hacia delante y de este buscar, pero se diferencia en que ella no va a tientas. ¿Por qué no va a tientas? Porque Dios se ha revelado, porque el Evangelio es una revelación de Dios. Si es una revelación de Dios, es un conocimiento verdadero que da certeza al alma.

El verdadero conocimiento que da la fe se expresa en el NT como una «luz para los ojos del corazón» (cf. Ef 1,17-18); otorga un conocimiento pleno (Col 3,10), el conocimiento de Dios y de Jesús, nuestro Señor; otorga “gracia y paz” (2 Pe 1,2). Y otorga la vida de Dios: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado» (Jn 17,3)<sup>12</sup>.

Frente al **tantear**, de la búsqueda religiosa de los hombres que no conocen el Evangelio, la vista es el distintivo de nuestra fe: **«la vista... distingue nuestra fe de la “fe” de los paganos y, podemos añadir, también de los judíos»**<sup>13</sup>. **Lo que le da esta luz a la fe del Evangelio es la novedad de aquello que tiene como objeto: el Verbo encarnado.**

Y poco después Newman alerta del peligro que corremos hoy de convertir la fe en un puro sentimiento desprovisto de verdad, desprovisto de certeza y, al final, ineficaz para sostener la búsqueda del hombre. Corremos el peligro de olvidarnos de la luz del Evangelio y volvernos a la oscuridad del mundo pagano, para tener

---

<sup>10</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales 2* (Encuentro, Madrid 2007) 148

<sup>11</sup> *Ibid.*, 148

<sup>12</sup> Cf. *Ibid.*, 149

<sup>13</sup> *Ibid.*, 149

que buscar a Dios a tientas, con pies y manos. Pensamos, sigue Newman, que insistir en la verdad de la fe es ortodoxia estéril o sutilezas teológicas<sup>14</sup>.

Este peligro del que advierte Newman es muy real entre nosotros, por eso he querido detenerme aquí, para decir: no, la fe no es un sentimiento, la fe no es una mera tendencia del espíritu humano hacia Dios, la fe no es mera búsqueda. Es todo, eso pero fundamentado en la verdad, en la luz, tiene un contenido cierto. Ella conoce realmente a Dios. La fe es un conocimiento verdadero de Dios.

2. Aludiré de forma mucho más breve al segundo aspecto que quería subrayar de la fe: que la fe es un vínculo de unión con Dios, un vínculo de comunión con él.

Dice santo Tomás de Aquino: «Por la fe, el alma se une a Dios: pues por la fe el alma cristiana celebra como una especie de matrimonio con Dios: “Te desposaré conmigo en fe” (Os 2,20)»<sup>15</sup>. La fe nos da algo real, nos da a Dios. No nos hace dueños de Dios, como si lo poseyésemos y pudiésemos manipularlo, pero nos da una comunión real con él. Tampoco es aún perfecta, pero sí real<sup>16</sup>.

He querido hablaros de estos dos aspectos porque nos hacen entender el gran don de la fe: la fe es ciertamente grande, así

---

<sup>14</sup> Cf. *Ibid.*, 150

<sup>15</sup> STO. TOMÁS DE AQUINO, *Collationes Super Credo In Deum*, En: Obras Catequéticas —Sobre el Credo, Padrenuestro, Avemaría, Decálogo y los Siete Sacramentos—. Edición de Josep-Ignasi Saranyana (Eunate, Pamplona 1995) 43.

<sup>16</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi* (2007) 7: «La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una « prueba » de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro « todavía-no ». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras».

considerada, nada que ver con la idea que se suele tener de la fe como de un conocimiento de segunda clase o como una forma de contentar al hombre en sus pobrezas y en sus miserias. No, la fe nos da un conocimiento verdadero de Dios y nos une ya a él. Es un vínculo real de comunión con él.

Ahora, ¿por qué es esto posible? ¿Por qué la fe da tanto y llega tan lejos? Ya lo ha dicho antes Newman: Porque la fe no es algo que nazca sin más del hombre. Si fuese así, no llegaría tan lejos. Sino que nace de Dios. La fe es una respuesta a la revelación de Dios. Dios se nos ha revelado, se nos ha mostrado, nos ha dicho quién es, nos ha dicho su nombre y nos ha mostrado su rostro. Nos ha mostrado su corazón y sus entrañas. Y no solo nos lo ha mostrado, como en un escaparate, como si nos lo hiciese ver en un documental, sino que nos lo ha mostrado dándose a nosotros.

Por eso la fe es aceptación de la verdad de Dios y es acogida de su realidad personal. Por eso la fe nos da una certeza fundada en la verdad de Dios y por eso es un vínculo de comunión con él.

La pregunta siguiente es: ¿Dónde Dios nos ha mostrado su verdad y dónde se nos ha dado? Y la respuesta es: en la Historia de la Salvación. Esa que comienza con la creación y que llega a su plenitud con la encarnación, muerte, resurrección de Cristo y con la efusión de su Espíritu.

Por ese motivo —y así volvemos al texto que comentamos— la transmisión de la fe, la exposición de la fe tiene sus fundamentos en los hechos más importantes de la historia sagrada.

Al hombre, en la catequesis, hay que remitirle siempre a estos hechos de Dios en la historia, porque estos hechos son los cimientos de la fe, los hechos de la historia donde Dios se ha revelado de una vez para siempre, los hechos en los cuales nosotros conocemos a Dios y a partir de los cuales le podemos responder con la fe.

## 2. ¿Desde dónde hasta dónde?

Dicho esto sobre los fundamentos de la exposición de la fe podemos preguntarnos: ¿dónde empezamos y terminamos el relato de estos hechos? Leemos:

*Tenemos una exposición completa cuando la catequesis comienza por la frase: “Al principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1) y termina con el período actual de la historia de la Iglesia.*

Estas palabras de san Agustín equivalen a decir: el relato de las obras divinas, de las cosas que Dios ha hecho, debe abarcar toda la Historia de la Salvación.

Lo importante aquí es entender que san Agustín está subrayando la unidad de toda la obra de Dios. La catequesis no puede reducirse a un periodo concreto, sino que debe comprender toda la obra de Dios. Porque solo considerada en su conjunto la obra de Dios adquiere inteligencia. Solo considerada en su conjunto y en su unidad se puede comprender.

Pongamos un ejemplo: no es posible entender la creación, que Dios crea *todo* de la *nada*, si no se tiene una idea clara de que Dios es Uno y de que está más allá de todas las cosas, de que no se confunde con ninguna cosa que podamos ver y tocar, de que no se limita a un espacio concreto. Eso en la práctica significa que no se pueden entender los relatos de la creación sin ponerlos en relación con la revelación de Dios a Moisés, donde Dios se muestra como «Yo soy el que soy», distinto de todo y de todos, el único, el que tiene el ser.

Tampoco se pueden entender los relatos de la creación sin ponerlos en relación con la encarnación del Hijo de Dios y de la Resurrección y Ascensión a los cielos. ¿Por qué? Porque solo en estos acontecimientos finales se revela el fin para el que todo fue creado.

Eran solo dos ejemplos.

La historia de la creación y de la redención forman una unidad, cuyo centro es la persona y la obra de Cristo. Solo en esa unidad se muestra el rostro de Dios y se entrega Dios al hombre. Si al intentar transmitir la fe, se rompe esa unidad, el rostro que Dios ha revelado de sí mismo se convierte en un puzle indescifrable para los hombres. Si en la catequesis se desdibuja esa unidad, no podremos mostrar el rostro de Dios y, por lo tanto, se impide la posibilidad de que los hombres den fe al Dios verdadero.

Es claro que, como he dicho, el centro de esa unidad, es Cristo. Podríamos decir que todas las demás acciones de Dios, no son comprensibles realmente si no son referidas a él, la Palabra definitiva. Con palabras de von Balthasar:

«No cabe oír una sola palabra de Dios sin oír al Hijo, que es la Palabra, y tampoco cabe trastear los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento con la intención de encontrar algunas verdades, si no se está dispuesto a aceptar el encuentro inmediato con Él, con la Palabra soberana, libre, personal, que nos interpela »<sup>17</sup>.

Por tanto, lo determinante de esta segunda afirmación de san Agustín es que toda la obra de Dios ha de ser considerada en su conjunto, en su unidad y a partir de su centro, es decir, de la persona de Cristo, que a cada paso nos interpela.

Ahora hay que comentar otras dos cosas de este pasaje:

Dice san Agustín que la narración es completa cuando comienza con las palabras: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra». Algunos no han sido capaces de entender que lo que quiere decir san Agustín es que la catequesis debe abarcar el conjunto y la unidad de la obra de la salvación, que incluye la creación, a la que aluden esas palabras y que encontramos al inicio de la Biblia. Pero al decir esto, san Agustín no está apuntalando un orden concreto en la exposición de la fe, sino

---

<sup>17</sup> HANS URS VON BALTHASAR, *La Oración Contemplativa* (Encuentro, Madrid 1985) 13

que dicha exposición debe abarcarlo todo. O dicho de otra forma, la catequesis puede empezar por narrar otra obra, distinta de la obra de la creación. Lo importante, en realidad, es que se mantenga lo que antes hemos subrayado: que toda la obra de Dios ha de ser expuesta en su conjunto, en su unidad y a partir de su centro, es decir, de la persona de Cristo, que a cada paso nos interpela.

La otra cosa que nos queda por comentar de este punto es la alusión a los tiempos actuales de la Iglesia. San Agustín considera que el conjunto de las obras de Dios que se abre con la creación no concluye hasta el momento presente, en la historia actual de la Iglesia. Esto tiene más miga de lo que parece y hay que explicarlo bien.

Para san Agustín, como para todos los demás padres de la Iglesia y todos los teólogos hasta el s. XI, la historia de la Salvación es una obra de la Trinidad: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero la relación de las Personas de la Trinidad con las distintas etapas de esta historia es bastante distinta de como nosotros la solemos imaginar. Nosotros solemos imaginar la relación de las Personas de la Trinidad con la Historia de la Salvación de la siguiente manera:

- El Padre crea y se revela en la Antigua Alianza.
- El Hijo realiza la obra de la Redención en la Nueva Alianza.
- Y el Espíritu Santo conduce a la Iglesia hasta los tiempos de la Parusía.

Más o menos, con algunas variantes, solemos imaginarnos así la relación de las Personas Trinitarias con la Historia de la Salvación. Para san Agustín y para el resto de los Padres de la Iglesia, esto no es así.

Todas las obras de Dios son una obra de la Trinidad. Pero de la siguiente forma:

El Padre ha creado todo de la nada, pero por medio del Hijo; y desde entonces ha conducido la historia de la salvación hablando a través del Hijo y obrando las grandes gestas de la Antigua Alianza a

través del Hijo y del Espíritu Santo, hasta que al final, en la plenitud de los tiempos, ha enviado a su Hijo hecho hombre, que ha llevado a término la obra de la redención, haciéndose hombre, muriendo, resucitando y enviando sobre su Iglesia el Espíritu Santo.

¿Qué diferencia hay?

Que en esta segunda concepción, el que crea es el Padre pero a través del Hijo, el Hijo hace todas las cosas. Quien habla con Abraham o con Moisés en la zarza, es el Hijo. Es solo un ejemplo. Dios obra y se revela siempre a través del Hijo, no de otra forma.

Segunda diferencia entre la concepción de los Padres de la Iglesia y la que solemos tener nosotros: que la historia se divide fundamentalmente en dos partes: antes de la Encarnación y después de la Encarnación. No en tres partes (Creación y Antiguo Testamento — Nuevo Testamento — Tiempo de la Iglesia), sino fundamentalmente en dos. Digo fundamentalmente porque la cosa es más complicada, pero para esquematizar. ¿Y cuáles son esas etapas? La primera, antes de la Encarnación, que es toda ella preparación de la venida del Hijo como hombre. La segunda, después de la Encarnación, que es, desde entonces, la plenitud de los tiempos, el principio del fin. Y la Iglesia forma parte de este tiempo de Cristo. La Iglesia no vive un tiempo posterior al tiempo de Cristo, sino que vive en el tiempo de la plenitud, en el fin de los tiempos.

Entonces me preguntarán: ¿Y el Espíritu Santo qué hace? Hace dos cosas fundamentalmente: preparar el corazón del hombre para que escuche al Hijo, tanto antes como después de su Encarnación; y una vez que el hombre ha acogido esta Palabra lo une más y más al Hijo y a la relación que el Hijo tiene con el Padre.

¿Y esto es importante para la catequesis? No, no es importante. Es fundamental. Porque así se entiende que el objeto siempre presente y siempre actual de la catequesis, se hable de la creación, de Abraham,

de Moisés, de Isaías, de los milagros del Evangelio o del Sermón de la Montaña, de san Pablo o del martirio de san Pedro, de la vida de los santos o de los sacramentos y de la liturgia de la Iglesia, el objeto, el interlocutor ante quien ponemos al catequizando es siempre al Hijo de Dios, que nos interpela y que nos introduce en su relación con el Padre.

Por ese motivo, Cristo, dice el CCE, es «el centro de la catequesis»<sup>18</sup>. Y la referencia a él no es la referencia solo a un modelo moral o a un maestro que nos ha enseñado la doctrina verdadera sobre Dios o sobre el hombre. Sino que la referencia a él es la referencia a alguien vivo y presente: el mismo que nos creó, el mismo que se desposó con nuestra humanidad en el seno de la Virgen María, el mismo que murió por amor nuestro en la cruz, el mismo que sigue vivo y presente en la Iglesia.

### 3. El método de la exposición de la fe

Después de hablar de los fundamentos de la exposición de la fe y de cómo la narración de los hechos debe abarcar el conjunto y la unidad de la Historia de la Salvación, desde la creación hasta el tiempo presente, san Agustín aborda el cómo: ¿cómo narrar? Leemos:

*Pero no por eso debemos recitar de memoria [...] Más bien hay que compendiar de forma resumida y general todas las cosas, de modo que escojamos los hechos más admirables, los que se escuchan con más agrado y que constituyen ellos mismos los nudos de todo<sup>19</sup>. Y no conviene mostrar tales hechos como entre velos para quitarlos*

---

<sup>18</sup> Cf. CCE 425 – 427

<sup>19</sup> Aquí he variado la traducción de la edición que sigo de José Oroz Reta. Él traduce: «que constituyen los pasajes mismos del relato». Yo creo que *in ipsis articulis constituta sunt* hace referencia a «los núcleos», a «los nudos» de toda la historia de la salvación.

*inmediatamente de la vista; antes, al contrario, deteniéndonos en ellos algún tiempo, debemos exponerlos y desentrañarlos y ofrecerlos a la admiración de los oyentes para que los examinen y contemplen con atención. En cuanto al resto, podemos insertarlo dentro del contexto mediante una rápida exposición. De esta forma, lo que deseamos poner más de relieve resaltará más frente al papel secundario de lo demás; y aquel a quien deseamos estimular con nuestra exposición no llegará cansado a la narración, y no se encontrará confundida la mente del que debemos instruir con nuestras enseñanzas<sup>20</sup>.*

Creo que se entiende perfectamente lo que quiere decir san Agustín. Ha determinado que el fundamento o la base de toda la exposición de la fe son los hechos más importantes de la historia de la salvación. Ha afirmado que debemos tomar toda esta historia en su conjunto y en su unidad. Pero está claro que ni hay tiempo ni es necesario contar cada uno de los pormenores de toda la historia que se recoge en la Escritura. Por un lado hay que escoger los grandes núcleos, los más importantes, donde se contemplan las mayores maravillas obradas por Dios y que se escuchan con más agrado, sencillamente porque expresan las maravillas que ha obrado el amor de Dios por el hombre y se graban así también más fácilmente en el corazón.

Estos acontecimientos centrales, que son como los nudos de toda la historia, hay que exponerlos con detenimiento, hacer que sean contemplados, desentrañar su significado...mientras que el resto basta compendiarlo en una exposición general, en razón de su propia grandeza.

---

<sup>20</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 454

**4. El fin al que debemos tender: el amor *de* Dios y el amor *a* Dios (el principio sintético de la catequesis agustiniana).**

Ahora san Agustín hace referencia al fin que se debe perseguir en toda la catequesis: el fin de toda catequesis en general, pero especialmente de la catequesis a los principiantes o a los simpatizantes de la que trata en este librito. El fin que se debe perseguir en la narración de los hechos más sobresalientes y en la elección misma de estos hechos que se han de narrar como núcleos que articulan toda la historia. Y ese fin es el amor.

La narración debe mover a nuestro oyente a amar, pero también debe centrar su atención en el amor que Dios ha mostrado en su Hijo.

Todas las maravillas obradas por Dios en la historia expresan su amor por el hombre. En el fondo porque todas ellas orientan hacia la venida de Cristo, donde ese amor se va a brillar ante nuestros ojos. Y así todo, en la narración de la catequesis, conduce también al amor a Dios. Todas las maravillas obradas por Dios en la historia mueven y conducen al amor a él.

En la historia Dios ha mostrado su amor. Todo muestra su amor por el hombre. Y así llama al hombre al amor a él en cada una de sus obras.

Cuanto nosotros digamos en la catequesis debe conducir a este fin doble: a expresar el amor de Dios por el hombre y a mover al hombre al amor a Dios. Este es el principio sintético que debe regir nuestra catequesis:

- mostrar cómo Dios en un acto libre, en un acto de su libertad, se ofrece al hombre;
- y mover a la libertad del hombre para que responda a este amor de Dios.

En nuestra narración, todo ha de buscar hacer patente el amor de Dios y así, al mismo tiempo, conducir al hombre al amor a Dios.

Leemos de esta forma el texto completo:

*Por supuesto que en todas las cosas conviene no solo tener presente la finalidad del precepto, es decir, «de la caridad, fruto de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera» (1 Tim 1,5), para dirigir a ella todo cuanto decimos, sino también mover y orientar hacia esa misma finalidad la atención del que instruimos con nuestras palabras.*

*Pues, en efecto, todo lo que leemos en las Sagradas Escrituras fue escrito exclusivamente para hacer estimar<sup>21</sup>, antes de su llegada, la venida del Señor y prefigurar la Iglesia futura, es decir, el Pueblo de Dios, formado de entre todas las razas, que es su Cuerpo (Col 1,18). Y en éste se incluyen y se cuentan todos los santos que vivieron en este mundo, incluso antes de la venida del Señor, y cuantos creyeron que había de venir con la misma fe con que nosotros sabemos que ha venido ya»<sup>22</sup>.*

El principio del último párrafo puede resultarnos un poco oscuro, pero es precioso si lo entendemos bien: «Todo lo que leemos en las Sagradas Escrituras fue escrito exclusivamente para hacer estimar, antes de su llegada, la venida del Señor y prefigurar la Iglesia futura». Es decir, que todo el Antiguo Testamento tiene como fin que, al aparecer Cristo ante los ojos de nuestra alma, al presentarlo nosotros a los ojos del alma de aquellos a los que instruimos, podamos y puedan apreciar su valor, estimarlo, amarlo. Todo el AT tiene como fin llevar al amor de Dios, al Dios que se nos ha mostrado plenamente en la humanidad de Cristo.

El amor y la fe en él une a los justos, todos los santos, del Antiguo Testamento y de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. ¡Atención aquí!

---

<sup>21</sup> He cambiado aquí la traducción de «commendaretur»

<sup>22</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 454 – 455

Que la Iglesia sea el cuerpo de Cristo significa que es su presencia visible en el mundo.

Este asunto tiene que ver con lo que antes os decía: que nosotros, los cristianos, vivimos en el tiempo de Cristo, en la plenitud de los tiempos. Significa que igual que el Hijo de Dios en su humanidad podía ser tocado, escuchado, conocido, amado e interpelado por Nicodemo, por la samaritana o por cualquier otro de las personas con las que se cruzó, de igual manera sucede hoy. La humanidad de Cristo, la carne de Cristo, en la cual él puede seguir siendo tocado, escuchado, conocido, amado, creído o despreciado, es la Iglesia. Eso significa, entre otras cosas, que la Iglesia es su Cuerpo.

Así, el Antiguo Testamento y todos los justos de la Antigua Alianza conducen hacia Cristo y permiten apreciar su valor, estimarlo, amarlo. Y así también, los justos de la Iglesia son la carne de Cristo, la posibilidad para que los hombres de cada época puedan entrar en relación con Cristo. La Iglesia, prolongación de Cristo, es la posibilidad de que Cristo sea contemporáneo e inmediato a cada hombre, de todo tiempo y de todo lugar. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo que se extiende por el mundo, por el tiempo y el espacio para poder ser inmediato a todo hombre, para poder alcanzar a cada hombre y poder ser alcanzado por todos.

Sigue san Agustín haciendo referencia a los justos que vivieron antes de la venida de Cristo, los justos del AT. Y dice de ellos que también son miembros de Cristo, pero miembros que salieron a la luz antes que la cabeza, que es Cristo. Y pone el ejemplo del parto de Jacob, que sacó su mano del seno materno antes de sacar su cabeza. Como esa mano de Jacob son los miembros que precedieron y prepararon la venida de Cristo, cabeza de la Iglesia.

Y después de un párrafo que nos saltamos porque tendríamos que ocupar mucho tiempo explicándolo, termina el razonamiento, retomando el hilo inicial:

*Por eso, todo lo que fue escrito antes lo fue para nuestra enseñanza y fue figura de nuestra realidad<sup>23</sup>, y como símbolo aparecía en ellos; pero, en realidad, fue escrito para nosotros, para quienes ha llegado el final de los tiempos<sup>24</sup>.*

Cuando san Agustín habla del «final de los tiempos» no se refiere al fin del mundo en el sentido de que el mundo esté acabando sus días, sino que con la expresión «final de los tiempos» se refiere a la meta, a la plenitud de la historia. Es lo que ya hemos explicado: con Cristo ha llegado el fin, ha llegado la plenitud. No cabe esperar más. Dios lo ha dado ya todo en su Hijo, solo cabe que él se expanda por la fe y el amor, por la agregación a la Iglesia, a todos los hombres.

Al principio de este número 6 del texto, san Agustín decía que toda nuestra narración debe conducir a mostrar el amor de Dios y a provocar en los que nos escuchan una respuesta de amor a Dios. Después de lo dicho a propósito de los santos del Antiguo Testamento y de la Iglesia, de los tiempos anteriores y de los tiempos actuales, debemos concluir que todo conduce a Cristo. En él brilla el amor de Dios y, justamente así, él es la gran llamada al amor a Dios. Él es el centro y el fin de la catequesis.

Retomaremos el hilo de este argumento el próximo día para comentar el número 7 de la obra de san Agustín.

P. Enrique Santayana C.O.

---

<sup>23</sup> Es decir, de lo que nosotros vivimos

<sup>24</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 456